<u>2da Parte de ENAMORARSE DEL PRISIONERO DE AMOR</u> (TEXTO PARA ALMAS EUCARÍSTICAS) por Axel Álvarez Frati

a) NO SE PUEDE UNO ENAMORAR DE UN FANTASMA.

TEXTO ABAJO O ENLACE/ LINK A DOCUMENTOS: https://docs.google.com/document/d/1sAVzrDuVlweN7n0DX3c_zMuBgS1Du2m2/edit?usp=drivesdk&ouid=100685303636445852737&rtpof=true&sd=true

NO SE PUEDE UNO ENAMORAR DE UN FANTASMA. Marasmo en psicología es la muerte de niños que estando desnutridos o bien nutridos mueren si no son tocados. LO QUE ES NUESTRO ENEMIGO ES LA CARNE EN EL SENTIDO DE SUS TENDENCIAS PECAMINOSAS, NO LA PIEL EN EL SENTIDO DE VEHÍCULO TAN IMPRESCINDIBLE DE AMOR ESPIRITUAL QUE JESUCRISTO TUVO QUE DEJAR SU CUERPO. SAN JUAN BAUTISTA ANTE LA CERCANIA DEL CUERPO DIVINO QUEDÓ ENAMORADO (EN SENTIDO MÍSTICO) Y LO ADORÓ A LA DISTANCIA TODA SU VIDA, COMO ALGUNOS SANTOS ERMITAÑOS CON IMPEDIMENTOS PARA UNA MÁS CERCANA Y MÁS PRESENCIAL VIDA SACRAMENTAL. NO IGNORÉIS LA ORACIÓN A SANTA IMELDA PIDIÉNDOLE QUE INVISIBLEMENTE OS ACERQUE UNA HOSTIA VÁLIDAMENTE CONSAGRADA PARA ADORARLA CERCA VUESTRO, AUNQUE INVISIBLE, TODO EL DÍA.TODOS LOS DÍAS. UN ENAMORADO NO PUEDE SACAR DE SU CABEZA LOS PENSAMIENTOS NI DE SU CORAZÓN EL DESEO DE SU VOLUNTAD DEL PRISIONERO DE AMOR, DE VIVIR CON ÉL, UNIDOS A ÉL, COMPARTIÉNDOLE TODO LO QUE SOMOS, TENEMOS, INCLUSO NUESTROS BIENES ESPIRITUALES QUE ÉL MISMO NOS DIO. COMPARTIÉNDOLO TODO A TRAVÉS DE LAS MANOS PURIFICADORAS E INTERCESORAS DE LA MATERNAL INTERCESORA.

NO SE PUEDE UNO ENAMORAR DE UN FANTASMA. UN DIOS QUE NO NOS HUBIERA DEJADO SU CUERPO, SU DOCTRINA ESCRITA SIN SIQUIERA EL VIBRAR DE SU VOZ, SERÍA EL

TESTAMENTO DE UN MUERTO SOLAMENTE. NO SÓMOS ÁNGELES. NO SE PUEDE UNO ENAMORAR DE UN FANTASMA

NO SE PUEDE UNO ENAMORAR DE UN FANTASMA, LAS 3 LEYES DEL AMOR HUMANO DIFIEREN DE LAS ANGELICALES Y EXIGEN: 1) COMUNIÓN DE VIDAS, VIDAS EN COMUNIÓN, 2) COMUNIÓN DE LOS CUERPOS DOTADOS CON ALMAS, SINO SACRAMENTALMENTE, AL MENOS ESPIRITUALMENTE, DESEANDO LA UNIÓN SACRAMENTAL REITERADAMENTE DURANTE EL DÍA 3) DESEO DE PODER ENTREGAR NO SÓLO EL PROPIO SER ENTERO SINO TODO CUANTO SE TENGA, INCLUSO EN BIENES ESPIRITUALES RECIBIDOS, INCLUSO EL SENTIDO DE POSESIÓN RESPECTO DE LA PROPIA FAMILIA.

NO SE PUEDE ENAMORAR UNO DE UN FANTASMA PORQUE NO ESTAMOS HECHOS PARA AMORES DE TANTA DISTANCIA. NO SOMOS ÁNGELES.

NO SOMOS ÁNGELES, POR ESO AUNQUE QUISIERA NO MENCIONAR AÚN EL SIGUIENTE PÁRRAFO, NO PUEDO OMITIRLO ¿POR QUÉ? PORQUE NO SE PUEDE UNO ENAMORAR DE UN FANTASMA.

LEX ORANDI LEX CREDENDI. En la misa tradicional, cuando el Cuerpo de Cristo está en el Sagrario desde antes de la misa, y queda después de la misa allí, el mismo sacerdote es quien en lugar de una mera reverencia hace una genuflexión total hasta tocar el piso, sin rapidez, y ser tampoco una eternidad, celebra de frente al Sagrario y a la Cruz Mayor, centrados ambos, y hacia el oriente, pues el Cántico de Zacarías hace del Sol símbolo de Jesucristo. El rito no arrincona el sagrario ni la Cruz mayor, ni celebra a sus espaldas. ¿Qué es lo que creemos adorar cuando en la práctica los que enseñan la religión transmiten mediante el ejemplo una cosa contradictoria REFERIDA MÁS A UNA PRESENCIA FANTASMAL MÁS INSIGNIFICANTE QUE UN OBISPO PRESENTE SENTADO EN LO MÁS ALTO ASCENDIENDO LOS ESCALONES, EN SU

REEMPLAZO? NO SE PUEDE UNO ENAMORAR DE ALGUIEN CUYA PRESENCIA FANTASMAL SEA DE INFERIOR DIGNIDAD A LA DE UN SER HUMANO , POR OBISPO QUE SEA. ¿POR QUÉ?

REPETIR ES LO QUE LA GOTA DE AGUA HACE PARA PENETRAR LA PIEDRA:

NO SE PUEDE UNO ENAMORAR DE UN FANTASMA.

Nuestro Señor Jesucristo, tan pronto se Encarna, en seguida, demuestra, ser quien es, la Sabiduría Encarnada, con la inteligencia y poder para restaurar el estado de gracia de San Juan Bautista, quien, aunque mucho mayor que él, aún estaba en el vientre de su madre. Pocas demostraciones han sido tan espontáneas expresiones, de enamoramiento místico hacia el cercano Cuerpo de Su Dios, como la agitación que el Espíritu Santo, en el estado de gracia restaurado, le inspiró a San Juan Bautista.

Jesucristo desde el vientre de Su Madre, padeció junto con su Madre, la dificultad del camino pedregoso hasta las alturas del hogar de Santa Isabel, tanto de ida como de regreso.

Sometido al frío y la pobreza desde que nació, su conciencia sóla de los pecados que se cometían, tan sólo en su cercanía, y en ese momento, ya eran suficiente para hacerle sufrir, también internamente.

No fue involuntaria ni forzada su circuncisión, conocida por él, incluso desde antes de encarnarse. Fue una entrega plenamente voluntaria, a su primer derramamiento de sangre.

En su humanidad divinizada, inmaculada, de libertad absolutamente perfecta, Jesucristo, desde el primer instante de la Encarnación, tuvo un corazón, como ahora le veis: rodeado de espinas, implantado con la cruz, ardiendo de fuego de amor divino, y una marca ya inicialmente abierta para recibir la lanza.

Su Dolorosa Pasión, si tenemos que ser más precisos y más exactos, inició en el primer instante de Su Encarnación.

Esto se refleja en el rito tradicional: Aunque descienda desde el Cielo ya Encarnado, la transubstanciación, por la cual, su Cuerpo se hace físicamente y realmente presente en la Tierra, con inmediatas y extraordinarias similitudes incluso con su nacimiento en Belén demuestra que la renovación de su Dolorosa Pasión, aunque incruenta, inicia allí. Renovación de todas las mismas decisiones, con todos los actos de extraordinaria valentía ante todas las dificultades.

San Luis María Grignion de Montfort, enseña, de acuerdo a la Santa Tradición, que la Santa Cruz, también está en el Cielo, formando de algún modo milagroso, parte misma del Cuerpo Glorioso de Nuestro Señor Jesucristo. No como un tatuaje, sino como real parte de su Divino Cuerpo. Ignoro si en forma sólo de fuente de luz gloriosa.

En el ara del altar tradicional, incrustado en su centro con reliquias de santos mártires, se adelanta la presencia espiritual de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. Durante la transubstanciación la presencia espiritual de la Madre de Dios, es indispensable, ya que como mediadora de todas las gracias, es sobre todo mediadora en esta gracia suprema de la transubstanciación. Incluso un sacerdote que haya perdido la fe, guiado a la intención eclesial de transubstanciación, aunque no crea en ella, consagra válidamente la hostia, en un acto que en cierto modo, es un acto de amor, entre la Iglesia, participe o no, de corazón el sacerdote, con la Santa Cruz en el Altar, con la Virgen, que hace descender de los Cielos, un Dios que obedece incluso desde ese momento, incluso al más vil de los sacerdotes.

Desciende Jesucristo desde los Cielos, en la transubstanciación durante la misa,en una desnudez tan inmensa, inocente y pura, como en Belén, con un tamaño aún menor que el de un bebé, pero en todo se repite el mismo contraste acontecido en Belén: el Rey de Reyes, conservando apariencia de pan, a diferencia de los reyes mundanos, que se jactan de sus lujos, y hacen sentir el peso de su autoridad, más que su servicialidad.¡Sólo en 2 momentos Jesucristo se muestra con tal pequeñez, que es imposible asustarse de él, y al contrario, verle compartir nuestra pobreza: en Belén y en la Eucaristía.. Todo se le tiene que dar, hasta el pan para la transubstanciación. Su pobreza es total. Su obediencia es plena. Su humildad, llega a manifestarse infinitamente más, en los sacrilegios recibidos, bajo la forma eucarística de su Real Cuerpo. Es la repetición real,

de todas y cada una de las decisiones que Jesucristo realizó durante su Dolorosa Pasión, con la misma valentía, y amor, la renovación incruenta, de toda ella, desde el más preciso y exacto momento en que ésta inició.

El sacerdote contempla interiormente el Calvario, y sucede un fenómeno espacio-temporal. El sacerdote es unido al Divino Cordero, pero aquel sufriente de hace dos mil años. Y el cuerpo que desciende desde los Cielos, de algún modo **incruento**, tiene en sí, también la presencia real de aquel Cordero, al dejarse introducir en un abortista público, al obedecer las manos de quien le arroja al piso o suelo, y le pisotea, y en realidad, aquí se comprende por qué sus visiones de los pecados futuros en el Huerto de Getsemaní, fueron los más dolorosos de toda su vida, ya que era en esos momentos, en que su Divino Cuerpo, proyectado a todos esos momentos, sufría incluso más que en su Crucifixión: Inmediatamente luego que entregó su vida en la Cruz, de su Corazón traspasado por la lanza, manan claramente agua y sangre, imposibles en corazón humano (aunque los soldados experimentados ya podían entender, el enorme milagro, de que Jesucristo aún pudiera elevar su tono de voz, en una medida imposible para cualquier humano en las mismas circunstancias) , inician más fenómenos que lo glorifican, tanto en el firmamento como en la Tierra, pues un firmamento claro, se oscurece con una velocidad, que pronto adquiere tal grado de oscuridad, que desde el Cielo no hay duda de la glorificación del Padre, hacia el hijo. Desde la Tierra, terremotos, piedras de todos los tamaños se parten, el velo más sagrado del Templo se rasga de principio a fin, señalando, la transición del Antiguo al Nuevo Testamento, mediante la culminación del acto redentor, el cual, si Dios hubiera querido hubiera podido culminar en la circuncisión, pero llevó su amor al extremo. Resucitaron temporalmente incluso justos, que se dejaron ver por muchos, antes de ser conducidos al Cielo. En cambio ahora, incluso si él obedece las manos de quien, sacrílegamente, lo arroja al suelo, lo pisotea, no permite ninguna de esas glorificaciones que siguieron a la entrega de su vida en la Cruz.

Su ignominia llega a extremos infinitamente superiores a los de su crucifixión misma. Sin embargo posterga su justicia hasta el juicio final.

Dice San Pedro Julián Eymard, refiriéndose incluso al momento cuando Jesucristo volcaba las mesas de los mercaderes del templo, y las volcaba en primer lugar por profanar el silencio de la casa de oración a Su Padre, y

en segundo lugar, por especular como viles mercenarios con precios propios de ladrones. El santo dice que incluso volcando esas mesas, interiormente, Jesucristo sólo tenía estas palabras y esta actitud, en todo su ser: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Dice San Pedro Julián Eymard, que en toda su vida terrenal Jesucristo jamás se permitió a si mismo, el menor pensamiento de ira, y ni siquiera el menor pensamiento de indignación, sólo compadeciéndose por la ignorancia de ellos, y no queriendo juzgarlos en toda su vida terrenal, reservando la justicia al Juicio Final.

NO SE PUEDE UNO ENAMORAR DE UN FANTASMA.

El texto mismo de la misa tradicional, tridentina, dice en el ofertorio: que Dios nos haga partícipes de su divinidad. Todo alma que llega al Cielo participa de la divinidad de Dios, es santa, aunque no toda convenga canonizar, es decir, poner de ejemplo, y para intercesión pública oficial. Jamás (todas las almas del Cielo) serán dioses de forma autosuficiente, eso sólo Dios, pero sí dioses por participación de su divinidad, por desposorio místico. Jesucristo sabía que es intrínsecamente contradictorio que Creador Universal y un ser creado, puedan ser simultáneamente ambas cosas. Igualmente, no conforme con hacernos partícipes de su Divinidad, demostró infinita inteligencia para desafiar todo lo posible, ese límite, que ni Dios puede cruzar. ¿Cómo Jesucristo hizo esto? Al compararse a sí mismo con el tronco de un árbol, y a

nosotros con las ramas. Al mismo tiempo que el tronco es diferenciable de las ramas, sin embargo conforman un todo, un conjunto. Esto es la máxima expresión de la genialidad de la inteligencia infinita de Jesucristo. La omnipotencia de Dios, no incluye, por obvias razones, lo que es intrínsecamente contradictorio: por ejemplo, que un cuadrado sea al mismo tiempo un círculo. Dios no puede, ni tampoco quiere hacer cosas intrínsecamente contradictorias. Pero de algún modo el amor de él desafió hasta el máximo ese límite, aunque no pudiera cruzarlo, se diría que escaló ese límite una proporción que ninguna mente angelical hubiera podido jamás imaginar, y lo hizo por amor.